

El islam europeo

MICHEL WIEVIORKA

LA VANGUARDIA - - 25/03/2002

Visto con ojos americanos y poniéndose las gafas que sugiere el politólogo Samuel Huntington, el islam pertenece a una civilización no occidental. Y, desde este punto de vista, si la religión musulmana puede inscribirse dentro de la modernidad, no es desde luego con los mismos valores que en Occidente. Es verdad que el islam existe en Estados Unidos, llevado no sólo por los emigrantes recientes, sino también redescubierto sobre todo por los movimientos negros de los que el más conocido es el de Louis Farrakhan. Pero el fenómeno no presenta ni la importancia, ni las características, ni la posición destacada de lo que vivimos en Europa desde los años cincuenta o sesenta. Hay que consignar dos lógicas creadoras de sentido en nuestro continente, incluso aunque en lo sucesivo se vean superadas o -más bien como observaremos- desbordadas por nuevos procesos. La primera de ellas es la de la descolonización y es apreciable sobre todo en Gran Bretaña. El final del imperio Británico, en efecto, se saldó con la llegada masiva de musulmanes, venidos en su mayoría directamente o a través de algunos países africanos, de India, Pakistán o Bangladesh (que en aquella época constituían una sola entidad política). Estos inmigrantes venían a instalarse y, a pesar del racismo, registrarse desde el primer momento plenamente en la sociedad británica; constituían una "inmigración de poblamiento".

La segunda lógica es la que se caracteriza por la "inmigración por trabajo". Es la que han experimentado varios países europeos, empezando por Francia y Alemania, en cuyo suelo se ha organizado la llegada de trabajadores requeridos por un desarrollo industrial que aún empleaba masivamente un tipo de mano de obra no cualificada o escasamente cualificada. Ahora bien, una parte de estos trabajadores procedía, en los años 50 y 60, del Magreb en el caso de Francia, y de Turquía en el de Alemania; en aquella época solía tratarse de musulmanes. En los años 70 podía considerarse que esta mano de obra era meramente una población de paso, destinada tarde o temprano a regresar a su país una vez había acumulado un cierto peculio. En Francia, el "trabajador inmigrado" era un varón soltero o que vivía solo, socialmente integrado ya que estaba allí para trabajar, y excluido culturalmente dado que su horizonte seguía siendo su país de origen. En Alemania, el "gastarbeiter" era un invitado que nunca llegaría a ser un alemán pues la aplicación del derecho de sangre impedía que prosperara este enfoque.

Posteriormente todo esto ha cambiado. Actualmente, la experiencia de los musulmanes de Francia o de Alemania se acerca a la de sus correligionarios de Gran Bretaña y existen países de larga tradición migratoria, como España e Italia, que también acogen hoy día y en lo sucesivo una fuerte inmigración, en buena parte musulmana.

Así pues, los emigrantes de ayer y sus hijos, igual que los nuevos emigrantes, viven en el seno de sociedades en las que en mucho mayor grado se les invita a integrarse. Tienen esposas e hijos, se les acepta desde un punto de vista cultural y, a pesar del racismo, saben muy bien que su futuro se decidirá en lo que ya es

para ellos su propia sociedad. Consideran en mucha menor medida la posibilidad de regresar a su país. El fenómeno es más evidente en Francia, tanto en el caso de los argelinos como en el de los tunecinos y marroquíes y, en menor grado, en el de los turcos en Alemania, que mantienen estrechos vínculos con Turquía; pero esta tendencia, de cualquier modo, es predominante en todas partes.

En estas condiciones, hubiera podido pensarse que el islam vuelve, que las nuevas generaciones se distancian de él para asimilarse mucho más a la modernidad occidental hasta en la dimensión más general de debilitamiento de lo religioso, lo que el sociólogo Max Weber llamaba el "desencanto del mundo". En realidad, no es así, al contrario. En toda Europa el islam avanza y no sólo -lo que era de prever- porque lo traen las nuevas oleadas de inmigrantes procedentes de países árabes musulmanes, sino porque permite a sus descendientes aportar un sentido a la experiencia por la que atraviesan en el seno de las sociedades occidentales en las cuales tendrá lugar su existencia.

¿Qué sucede, en efecto, cuando uno es joven, procede de la inmigración, es víctima del desempleo en mayor grado que otros, sufre precariedad o condiciones laborales difícilmente soportables; cuando considera que forma parte plenamente de la sociedad en la que vive y que, al mismo tiempo, ha de padecer un racismo que aún discrimina social y desprecio, un racismo que le dice -permanentemente- que es diferente e inferior? ¿Qué sucede cuando los controles policiales se dirigen a uno y no a los demás jóvenes, ellos que son blancos, cuando uno ve rehusado el derecho a la vivienda, cuando la puerta de la discoteca se le cierra, cuando el empleo se le deniega, y todo ello por el hecho del patronímico o del color de la piel?

Una posible respuesta entre otras, aunque ésta especialmente extendida, consiste en interiorizar la diferencia de la que a uno se le acusa a fin de invertirla y convertirla acto seguido en lo que ya no es una fuente de rebajamiento o de negación del propio ser personal, sino de orgullo y afirmación de sí mismo. "La sociedad dice que soy diferente; pues voy a serlo reafirmando en mi religión y descubriendo los puntos de referencia, el sentido, los valores morales que me permitirán afrontar la existencia": éste es, "grosso modo", el mecanismo de inversión de la descalificación que conduce, en el caso de muchos jóvenes, a realizar la elección del islam, a adoptarlo en unos casos y a reencontrarlo y reproducirlo en otros.

Esta elección puede encaminar a los musulmanes en, al menos, dos direcciones opuestas. La primera, muy minoritaria, consiste en apoyarse en el islam para asumir una honda ruptura con la sociedad en la que sin embargo viven, a encerrarse en el odio a lo que representa, a entrar en guerra con ella, con sus valores, a dar el paso en consecuencia a un islamismo radical susceptible incluso de desembocar en el terrorismo. Esta vía puede internacionalizarse combinándose con una visión planetaria de los retos del conflicto, con lo que adopta entonces la forma de un combate inmisericorde del bien -islamista- contra el mal -occidental-. La segunda vía posible es la que adoptan la mayoría de musulmanes y de quienes se islamizan o reislamizan. Consiste en apoyarse en el islam para resistir mejor las dificultades de la existencia, en extraer de él una fuerza moral, los recursos que

ofrece la fe para mantener un proyecto de integración en la sociedad de acogida, resistir al racismo en su seno, aceptar las durísimas condiciones de trabajo; para participar totalmente, en otras palabras, en una modernidad que, no obstante, tiende a excluirles. Ello contribuye a que este islam deje de ser una fuente de violencia y de radicalización, un factor de odio y en último término de desestructuración del vínculo social y, por el contrario -de un modo altamente paradójico-, sea una fuente de fortalecimiento del mencionado vínculo social.

Las encuestas sociológicas y los reportajes periodísticos, cuando son serios, muestran perfectamente cómo esta segunda orientación, predominante, convierte la mezquita en un espacio de socialización para jóvenes que de lo contrario se verían reducidos a sus propias posibilidades y convierte asimismo a los imanes en figuras responsables que tranquilizan los ánimos y predicán la no violencia cuando un barrio corre el peligro de pasar a la revuelta después de que un joven inmigrado haya sido víctima de un "abuso policial".

Es evidente que no debemos permanecer ciegos y negar o minimizar los extravíos violentos o rupturistas del islamismo radical que ciertamente provienen del exterior pero también de la acción de nuestras sociedades sobre sí mismas. Pero tampoco debemos minusvalorar lo esencial del islam europeo de hoy, un islam que se inscribe dentro de nuestra modernidad y se presenta ante ella como una diferencia cultural enteramente compatible con los valores universales del derecho, de la razón y de la democracia.

M. WIEVIORKA, sociólogo. Profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa